

SAN AGUSTÍN Y LA DEGRADACIÓN MORAL DEL MUNDO TARDORROMANO: ENSEÑANZAS PARA EL TIEMPO PRESENTE

POR

SANTIAGO CANTERA MONTENEGRO, O.S.B.

y

ALEJANDRO RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

SUMARIO: 1. LA AMBICIÓN TERRENAL.—2. EL VACÍO ESPIRITUAL: 2.1. *La idolatría del paganismo, incapaz de satisfacer al hombre*; 2.2. *La búsqueda errada de un sentido de la vida*.—3. LA INSUFICIENCIA INTELLECTUALISTA.—4. LA CORRUPCIÓN DE COSTUMBRES: 4.1. *Desenfreno sexual y burdos espectáculos*; 4.2. *Exaltación de la homosexualidad*; 4.3. *Ruptura del matrimonio y de la familia*; 4.4. *Incremento de los suicidios*.—5. CONFUSIONISMO Y DESORDEN NATURAL Y MORAL.—6. EL TRIUNFO FINAL DE CRISTO.

El valor del pensamiento y de la obra de San Agustín es permanente y siempre actual, incluso en muchos aspectos que podrían parecernos, a primera vista, simples datos históricos de su época. Así, como testigo de la crisis de civilización vivida en el mundo tardorromano, nos ha transmitido en varios de sus libros noticias de un inestimable interés para conocer la situación que describe, pero además aporta sus juicios sobre los hechos y los rasgos de la misma. De este modo, nos es posible establecer no pocas relaciones y abundantes paralelismos entre los elementos de aquella crisis de civilización y los de esta otra que (¿por qué ocultarlo?) sufre hoy el mundo occidental.

Aunque hagamos referencia a varias de sus obras, nos fijaremos principalmente en el riquísimo tratado *De civitate Dei*, que

es donde recoge mayor número de datos al respecto (1). Escrito entre los años 413 y 426/427, como respuesta apologética del cristianismo frente a las críticas venidas desde el paganismo a raíz de saqueo de Roma por los visigodos de Alarico en 410, San Agustín se propuso demostrar en él que los males que estaban padeciendo el Imperio Romano y la propia "Ciudad Eterna" no se debían a la religión cristiana, sino a la degradación moral a que había conducido la antigua religión romana y, en general, a toda la corrupción de costumbres provocada asimismo por otras causas más.

Consideramos que es posible extraer toda una serie de enseñanzas para el tiempo presente y la actual crisis de la civilización occidental, a partir de la experiencia vivida por el Imperio Romano, tal como San Agustín nos la ha transmitido. Entonces será posible comprender mejor también la fuerza renovadora del cristianismo católico frente a una sociedad decadente. No obstante, hoy nos encontramos con una realidad sin duda más grave: en aquel tiempo, el cristianismo era la fuerza que iniciaba la construcción de una nueva civilización, ante un mundo pagano que agonizaba; ahora, sin embargo, el mundo europeo, y el occidental de forma más amplia, han optado por una apostasía más o menos abierta, renegando del mensaje de Cristo, que fue el que les dio vida.

(1) A esta obra, los dos autores hemos dedicado hace poco otro trabajo conjunto: "El tratado *De civitate Dei* y la interpretación agustiniana de la Historia", en *Arbil. Anotaciones de Pensamiento y Crítica* (Revista virtual, por Internet: www.arbil.org), núm. 76 (diciembre 2003). En cuanto al texto de la obra, manejamos la edición bilingüe latín-español de la Biblioteca de Autores Cristianos (en adelante, BAC) realizada por el P. Victorino Capánaga, O.R.S.A.: SAN AGUSTÍN, *Obras Completas*, t. XVI, *La Ciudad de Dios* (1.º), Madrid, BAC, 1977 (3.ª ed.); y t. XVII, *La Ciudad de Dios* (2.º), Madrid, BAC, 1978 (3.ª ed.); asimismo, la anterior edición bilingüe de los dos volúmenes en uno, preparada por el P. José Morán, O.S.A., Madrid, BAC, 1958. En adelante, para ésta y otras obras del santo, citaremos *De civ. Dei* o el título correspondiente o su abreviatura, el libro en números romanos y el capítulo en arábigos.

I. LA AMBICIÓN TERRENAL

La raíz de la degradación moral y de la decadencia general de la sociedad romana venía, al parecer de San Agustín, de una ambición terrenal, de un amor excesivo y desenfrenado de las cosas temporales, capaz de suscitar las peores pasiones. Es decir, algo que hoy podemos entender como una actitud plenamente immanentista y negadora de la trascendencia de la vida, que se contenta con la satisfacción de los deseos del sujeto, los cuales se limitan meramente al ámbito de lo terreno, sin mira alguna hacia objetivos mayores.

Este ambiente lo expresa muy bien el obispo de Hipona con las siguientes palabras: "Mas los adoradores y amadores de esos dioses, cuya bellaquería y maldades se glorían de imitar, en manera alguna procuran que la república no sea pésima y disolutísima. «Subsista ella —dicen—, florezca abundante en riquezas, gloriosa en victorias o, lo que es más felicidad, asegurada en la paz. ¿Y a nosotros qué? Lo que más nos importa es que cada uno acreciente más sus riquezas, que provean a los diarios despíllarros, por los cuales el que tenga mayor poder someta a sí a los más ruines. Que los pobres obedezcan a los ricos por saciar su hambre y que a su amparo gocen de una tranquila ociosidad. Que los ricos abusen de los pobres para sus clientelas y para satisfacción de su fausto. Que los pueblos aplaudan no a los servidores de sus intereses, sino a los proveedores de sus placeres. Que no se les mande cosa dura ni se les prohíba cosa impura. [...] Que abunden las mujeres públicas, así para todos los que quisieren gozarlas como de un modo especial para quienes no pueden tenerlas en privado. Que se edifiquen anchos y suntuosos palacios; que con frecuencia se celebren opíparos convites, y que donde a cada uno más gusto le diere o tuviere más oportunidad, de día y de noche, se juegue, se beba, se invite, se gaste. Que reine por doquier estrépito de bailes. Húndanse los teatros al griterío de una lujuriente alegría y de todo género de placeres bestiales y torpísimos. Que a quien no gustare esta felicidad, sea tenido por enemigo público, y cualquiera que intentare alterarlo

o quitarlo, apártelo la multitud licenciosa, échelo de su patria, quítelo de en medio de los vivientes. Ténganse por verdaderos dioses los que pusieron al alcance de los pueblos esta felicidad y, una vez alcanzada, la han mantenido. Adóreseles según quisieren [...]” (2).

Por lo tanto, como se puede ver, se unen varias ambiciones: la de riquezas, la del poder, la de los placeres carnales, la de la diversión sin medida, la del libertinaje... Y esta situación, que favorece la demagogia y el ascenso al poder de quien da al pueblo, no aquello que más le conviene, sino lo que satisface la hajeza de estas aspiraciones, conlleva también el descrédito impuesto contra los que se alcen frente a este desorden social, descrédito que puede llegar incluso a la forma de persecución abierta.

¿Resulta extraño acaso establecer un paralelismo con la sociedad occidental de hoy, donde el materialismo imperante, manifestado por el hedonismo y el consumismo, el ansia de ocio y vana diversión, el pansexualismo y la exaltación de una libertad mal comprendida, son el caldo de cultivo de una política demagógica que, bajo la forma de democracia liberal de partidos, opta por otorgar a sus súbditos aquello que piden sus más bajos instintos? Aún más, los responsables de esa política demagógica, aupados por sectores que protagonizan hoy la promoción del desorden moral, colaboran de lleno en la transformación mental que se está produciendo en la civilización occidental a través de los medios de comunicación, de tal modo que a un número cada vez mayor de personas le van pareciendo normales hechos como el crimen del aborto, la homosexualidad, etc. Incluso políticos que se consideran católicos llegan a sucumbir ante esta situación y se les puede ver decir, como hicieron varios responsables del “Partido Popular” en España cuando ya hace años se planteó añadir el cuarto supuesto en la legislación abortista, que no parecía oportuna la ampliación por la “inexistencia de una demanda social en el momento”. ¿Es más importante esa “demanda social” que la firmeza en unos principios? Posiblemente por eso mismo

(2) *De civ. Dei*, II, 20.

no hicieron nada, en sus cuatro años de gobierno con mayoría absoluta, para derogar tal legislación introducida por el "Partido Socialista".

San Agustín recuerda en varias ocasiones cómo la soberbia, la ambición y la avaricia están en la raíz de todos los demás males y pecados, tal como enseña la Sagrada Escritura. En efecto, "el principio de todo pecado es la soberbia; y el principio de la soberbia del hombre es apartarse de Dios" (3). Y citando a San Pablo, el obispo de Hipona recuerda que "la raíz de todos los males es el amor al dinero" y que debemos tener presente que "nada trajimos al mundo" y "nada podremos llevarnos" (4). También da a entender que el imperialismo romano fue fruto fundamentalmente de la ambición de gloria y de riquezas, y que ésta es la que motiva las guerras injustas (San Agustín es uno de los primeros teorizadores cristianos de la "guerra justa") (5). "Es este apetito de dominio el que trae a mal traer y destroza a la humanidad" (6).

¿Qué decir, a este respecto, de nuestra sociedad capitalista actual, que del dinero ha hecho un ídolo, por el cual se suscitan envidias, deseos de ascender en la vida a cualquier precio y de la manera que sea, y que es el que regula poderosamente la gran economía a todos los niveles? ¿Qué decir de nuestra sociedad liberal, que en la política partidocrática fomenta las mayores ambiciones de poder, por encima de todos los principios y valores, de tal modo que en la práctica se considera lícito el engaño electoral, el insulto abierto y la calumnia, y que elimina de la palestra a todos aquellos personajes y grupos que amenazan con adquirir un cierto apoyo popular con el que resten estabilidad al sistema?

Todo esto nace, pues, de la soberbia, de un desmedido amor de sí mismo, de la egolatría; y de ahí surgen la ambición, la avaricia, la lujuria, etc. Es decir, todo aquello que hace referencia a

(3) Ecll. 10, 14-15.

(4) I Tim. 6, 7-10; *De civ. Dei*, I, 10.

(5) *De civ. Dei*, III, 10 y 14.

(6) *De civ. Dei*, III, 14.

una ambición de lo terrenal, olvidando y hasta despreciando las realidades eternas a las que el hombre está constitutivamente llamado. Para el santo de Tagaste, en virtud de su libre albedrío, el hombre puede elegir entre amar a Dios o amarse a sí mismo: Dios es el Bien Sumo, así que si el hombre escoge a Dios, escoge el Bien; por el contrario, si por soberbia escoge el pecado, entonces escoge el mal. Y es así como "dos amores han dado lugar a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloria en sí misma; la segunda se gloria en el Señor" (7). Ambas existen tanto en el mundo angélico como en el humano (8), pero en éste se ven además diferenciadas por el modo de vida: "una, la de los hombres que quieren vivir según la carne, y otra, la de los que pretenden seguir el espíritu" (9). Nacen así las dos ciudades, la de Dios y la terrena, separadas en el mundo angélico y entremezcladas (*permixtae*) en el humano hasta el Juicio final. La soberbia se constituye en el origen de la "Ciudad terrena", llamada también "del diablo" o "Babilonia terrena". La humildad, en cambio, fundamenta la "Ciudad de Dios" o "Celestial", la "Jerusalén celeste".

Hay que añadir que San Agustín advierte: "no vayamos a sobrestimar la felicidad terrena, que con frecuencia se concede a los malos [...], ni tampoco la lleguemos a tener como algo detestable, puesto que vemos cómo muchos hombres religiosos, adoradores del único Dios verdadero, la han disfrutado en abundancia pese a la oposición de los demonios"; lo que hay que hacer es pedir los bienes temporales a Dios, que es su Dador, y no a los espíritus malignos. Así, "la felicidad verdadera y segura en sumo grado", tanto en este mundo como en la vida eterna, "la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conceder" (10).

Indudablemente, la decadencia del Imperio Romano, especialmente manifiesta en realidades como el ambiente bastante

(7) *De civ. Dei*, XIV, 28.

(8) *De civ. Dei*, XIV, 13.

(9) *De civ. Dei*, XIV, 1.

(10) *De civ. Dei*, II, 23.

extendido de degradación moral y corrupción de costumbres, era la consecuencia lógica, en la visión agustiniana, de la implantación más depravada de la "Ciudad terrena". Desde nuestra perspectiva católica actual, podemos decir lo mismo con relación a la situación de hoy.

2. EL VACÍO ESPIRITUAL

2.1. La idolatría del paganismo, incapaz de satisfacer al hombre

A una situación de degradación moral sólo es posible llegar cuando se han puesto todas las miras únicamente en las realidades terrenales y se han dejado de lado las espirituales, que son las que más ennoblecen al hombre. Esto era algo evidente para San Agustín.

Ahora bien, en gran medida, tal evolución podía ser la consecuencia lógica —y en la mente del santo doctor lo era—, de la insatisfacción espiritual que la antigua religión pagana romana producía en el hombre, más aún cuando eran esas mismas creencias y prácticas las que alentaban la búsqueda exclusiva de bienes temporales. Para el santo obispo, por lo tanto, los males que Roma estaba entonces padeciendo a manos de los bárbaros no provenían de haberse abandonado el culto a sus antiguos dioses, sino que más bien la falsedad de éstos era el motivo auténtico de esas desdichas (11). Más aún, quienes se ocultaban detrás de tales dioses eran demonios, que anhelaban recibir el homenaje de los hombres, pero luego, como artífices del engaño, no devolvían a éstos lo correspondiente por su tributo, sino desgracias.

Profundamente romano, San Agustín conocía a la perfección la religión romana y las historias mitológicas de sus dioses, lo cual le permitía satirizar abundantemente sobre ellos, al demos-

(11). Aborda todo esto principalmente en los diez primeros libros o primera parte de *De civ. Dei*.

trar que era algo absurdo y ridículo (12). Así, muestra su capacidad para el humor al escribir: "Preguntemos, si place, a qué dios o a qué dioses, de entre tanto tropel de divinidades a que rinden culto los romanos, creen ellos asignar la grandeza y conservación del Imperio. No creo que en obra tan gloriosa y tan digna osen atribuir algunas partes a la diosa Cloacina, o a Voluptia, así llamada de *voluptate*, el deleite; o a Lubentina, nombre derivado de libido; o a Vaticano, que preside los vagidos de los infantes; o a Cunina, que cuida de sus cunas. ¿Cuándo podré mencionar en un solo lugar de este libro todos los nombres de los dioses o diosas que ellos apenas pudieron encerrar en grandes volúmenes, señalando a los dioses oficios particulares para cada cosa? Ni se conformaron con encomendar el oficio de los campos a un solo dios [...]" (13).

La referencia agustiniana a Cloacina tiene especial ironía, pues era una antigua diosa itálica del matrimonio, de la que se encontró una estatua en la Cloaca Máxima de Roma, por lo que recibió ese nombre y prácticamente se asoció a Venus. Realmente, el absurdo y hasta la inmoralidad a la que podía llegar la religión romana eran extremos, pues incluso un oficio como el de los ladrones, como es sabido, contaba con su dios particular: Caco (*Cacus*), del cual deriva el apelativo "cacos" que los "profesionales" del hurto reciben. Y Caco, por cierto, tenía una hermana, Caca (*Caca*), aunque su nombre parecía prestarse menos a la broma en latín que en castellano, si bien también existía en la lengua de los romanos el verbo *caco*, referido a la necesidad fisiológica que nos podemos imaginar. Quizá puedan resultar al lector un tanto atrevidos y poco serios estos comentarios, pero con ello queremos simplemente resaltar el absurdo del paganismo antiguo que criticaba San Agustín, teniendo en consideración además el tipo de sátiras que él mismo hacía, y sin olvidar asimismo que en otros pasajes del tratado *De civitate Dei* el santo doctor muestra un especial sentido del buen humor con este tipo de chanzas (14).

(12) Así, sobre todo, *De civ. Dei*, IV, 8-11.

(13) *De civ. Dei*, IV, 8.

(14) Así, *De civ. Dei*, XIV, 24.

Además, como indicamos, el paganismo sólo podía ofrecer expectativas terrenales, lo cual no era capaz de satisfacer las aspiraciones más profundas del hombre: a los dioses no se les podía pedir la vida eterna, pues su campo de acción estaba limitado a cosas temporales concretas; y si ni siquiera en éstas era segura su protección, ¿cómo podrían garantizar la eternidad? (15).

Por otro lado, como volveremos a referir más adelante, el obispo de Hipona atacó también los relatos mitológicos greco-romanos por los malos ejemplos que en ellos se ofrecían a los hombres: lejos de ser un modelo de imitación, los dioses a los que se rendía culto eran un conjunto de adúlteros, fornicadores, raptos de muchachas, ladrones, embaucadores, asesinos, crueles con los hombres, interesados, egoístas... ¿Qué podía esperar Roma de ellos? Se hacía evidente que, si Roma había gozado en otros tiempos de prosperidad, había sido gracias a los dones que la Providencia del Único Dios le había concedido y a las buenas costumbres que ciertamente se habían desarrollado al menos entre una parte importante de la sociedad romana; si ahora padecía males, la causa no podía hallarse en la irrupción del cristianismo, sino en la pervivencia de aquel paganismo que daba culto a los demonios bajo la forma de dioses, y en la corrupción de las costumbres, la cual había comenzado a producirse en realidad ya antes del Nacimiento de Cristo.

Para San Agustín, el origen de la idolatría viene de los pecados, por los cuales se produce el engaño del alma, "cuando se busca lo verdadero, dejando y descuidando la Verdad" (16). Comentando las opiniones de Varrón, afirma que la idolatría pagana es una creación humana, a diferencia de la verdadera religión, que es la cristiana, la cual tiene un origen divino verdadero (17). Pero, vuelve a señalar, los demonios se aprovechan de tal creación humana para recibir culto ellos mismos: los dioses

(15) *De civ. Dei*, VI, 1.

(16) *De vera religione*, 36; manejamos la edición bilingüe de las *Obras Completas*, t. IV, *Obras apologeticas*, edición preparada por varios autores, Madrid, BAC, 1962 (3.ª ed.), págs. 3-203.

(17) *De civ. Dei*, VI, 4.

falsos son "dioses que fabrica el hombre" (18), son "simulacros inmundos y demonios perniciosos o, a lo sumo, criaturas, no el Creador" (19).

Una religión terrenal, que de la ambición y de los vicios hacía normas de conducta y que olvidaba los fines eternos del ser humano, sólo podía causar vacío espiritual, insatisfacción y desasosiego, a la vez que desgracias materiales.

¿Qué decir de nuestro Occidente actual que, habiendo conocido el mensaje de Jesucristo, ha decidido abandonarlo para volver a un nuevo paganismo que adora el dinero, el poder, el placer carnal y otros ídolos? ¿Qué decir también de la idolatría nacionalista, que desplaza a Dios para convertir a una nación (y que para colmo muchas veces no es nación, sino digna región integrada en una Patria común) en una divinidad absoluta y excluyente? El crimen del Occidente actual es singularmente grave, porque ya no se trata de un simple paganismo, sino de una apostasía. Y como todo culto idolátrico y toda apostasía, no puede acabar trayendo sino insatisfacción de las inquietudes más profundas del hombre, a la par que males incluso en el aspecto material, en la esfera de lo terrenal.

2.2. La búsqueda errada de un sentido de la vida

Esc vacío espiritual, esa insatisfacción en la respuesta a las grandes preguntas que el ser humano siempre se ha planteado, esa ausencia de una vida interior que aspira a superar la corruptibilidad de la realidad presente, llevó a numerosos romanos, como hoy a muchas personas del Occidente, a buscar un sentido de la existencia en otras creencias y prácticas religiosas o pseudoreligiosas. Esto fue algo cada vez más patente en la época histórica del Imperio, sobre todo desde el siglo II d. C., de la misma manera que en nuestro tiempo lo ha sido fundamentalmente desde los años 60 del siglo XX.

(18) *De civ. Dei*, VIII, 23.

(19) *De civ. Dei*, VI, Prólogo.

Tal como en nuestros días, una de las escapatorias que entonces se buscó fue la astrología, la magia y la superstición. Según los astrólogos, nos explica San Agustín (20), por las constelaciones se puede predecir el futuro de las personas, y de ahí la realización de prácticas adivinatorias diversas. Hay que advertir, de todas formas, que los augurios eran ya un elemento común dentro de la antigua religión romana, pero que en la crisis del mundo clásico se acentuaron.

El santo doctor, frente al determinismo y al fatalismo astral, hace una defensa de la libertad del hombre y de la Providencia divina y demuestra con varios argumentos el absurdo de la astrología. Así, recurre a los casos de los gemelos y mellizos, que en la evolución de sus vidas llevan caminos diferentes (21). También advierte que, si el hombre está destinado desde que nace, como dicen los astrólogos, sin embargo es un hecho cierto que para algunas cosas clige libremente fechas concretas (22).

No niega San Agustín que a veces atinen en sus adivinaciones, pero indica que "es razonable creer que cuando los astrólogos dan no pocas respuestas sorprendentemente verdaderas, lo hacen por una secreta inspiración de los malignos espíritus, que ponen buen cuidado en infundir y acreditar en los espíritus humanos estas falsas y perniciosas creencias de la fatalidad astral y no valiéndose de un cierto arte de señalar y examinar el horóscopo, porque tal arte no existe" (23). Por lo tanto, igual que hoy, todo este tipo de prácticas pseudoreligiosas degeneran con bastante frecuencia en formas más o menos claras de satanismo y, como advierte la Iglesia Católica, debe guardarse sumo cuidado de no acudir al esoterismo, la magia, la astrología, etc., porque con frecuencia son Satanás y sus ángeles caídos los que aprovechan la ocasión para ganar adoradores y siervos. Para el obispo de Hipona, resulta evidente que detrás de la hidromancia, la nigromancia y la adivinación por métodos similares, se hallan los

(20) *De civ. Dei*, V, 2-6.

(21) *De civ. Dei*, V, 2-6.

(22) *De civ. Dei*, V, 7.

(23) *De civ. Dei*, V, 7.

demonios, e invita a tener otra actitud: "quien no desee hacer alianza con los malignos demonios, no tema la perniciosa superstición con que son honrados; antes bien, reconozca la verdadera religión, por la cual son puestos en evidencia y vencidos" (24).

Hay que añadir que nuestro autor no habla de cosas que desconozca, pues en su juventud, cuando se encontraba en plena búsqueda de la Verdad por caminos errados y se inclinó por el maniqueísmo, pasó una época también de interés por la astrología y se entregó a ella (25). Esto lo hizo a pesar de los avisos paternos que frente a ella le hicieron el procónsul Vindiciano y su querido amigo Nebridio, quienes ya le adelantaron que los adivinos eran unos personajes que vivían del engaño y que, cuando acertaban, no se trataba más que de simple casualidad. Más tarde, acabaría cayendo en la cuenta de las falsedades del maniqueísmo y de las creencias y prácticas astrológicas que le acompañaban, y lo hizo en buena medida gracias a los estudios de los astrónomos, quienes sin embargo incurrieron en otros errores por soberbia (26). En cualquier caso, lo que ahora nos importa aquí es considerar que fue la Astronomía científica la que en parte abrió los ojos a San Agustín, y que no deja de ser paradójico que hoy, en una época científicista hasta el extremo, haya tantos occidentales que vivan pendientes del horóscopo y de absurdos mágico-astrológicos. No obstante, también es verdad que este científicismo es sin duda un causante notable de una actitud de cansancio de muchas personas ante las limitaciones reales de la Ciencia, así que la exaltación idolátrica de ésta es terriblemente peligrosa para ella.

En cuanto a la magia, el "Doctor de la Gracia" arremete igualmente contra ella, habla de su impiedad y recuerda que, ya antes del cristianismo, hubo en Roma ciertas leyes para la prohibición de algunas de sus prácticas; también considera que son los de-

(24) *De civ. Dei*, VII, 35.

(25) Así lo refiere en las *Confesiones* (en adelante, *Conf.*), IV, 3; manejamos la edición bilingüe de las *Obras Completas*, t. II, *Las Confesiones*. Introducción y anotaciones del P. Ángel C. Vega, O.S.A., Madrid, BAC, 1946.

(26) *Conf.*, V, 3. También su amigo Fermín le demostró lo falso del fatalismo astral, como refiere en *Conf.*, VII, 6.

monios los que se aprovechan de las artes mágicas, de la hechicería y de los encantamientos para engañar a los hombres y obtener adoradores y esclavos (27). "Si a Porfirio le parece que los hombres fabrican en la tierra poderes idóneos para llevar a cabo varios efectos, y esto lo hacen por medio de hierbas, piedras y animales, por ciertos sonidos y voces, figuras y representaciones, por observación de los movimientos de los astros en el giro del cielo, todo esto pertenece a esos mismos demonios embaucadores de las almas a ellos sujetas [...]" (28). Una vez más, pues, nos refiere la estrecha conexión existente, igual que sucede hoy, entre el satanismo y el esoterismo en sus diversas modalidades: astrología, adivinación, magia, ocultismo, espiritismo y parapsicología, superstición, etc.

En fin, en la búsqueda errada de un sentido de la vida, anhelando unos planteamientos y unos objetivos espirituales, el mundo romano de la época del Imperio, y sobre todo a medida que avanzaba su decadencia, conoció la difusión de lo que se conoció como "cultos místicos", así como otras tendencias filosófico-religiosas que mezclaban elementos varios y prácticas más o menos ocultas, como fue el caso del ya mencionado maniqueísmo y del gnosticismo. Los cuales influyeron no poco en algunos grupos cristianos, ya que, en su sincretismo, adoptaban y adulteraban componentes del cristianismo. Es decir, algo bastante semejante a lo que sucede hoy en bastantes corrientes que incluso se mueven en el seno del catolicismo, y algo similar a un ecumenismo que, olvidando las verdades de la fe católica, cae frecuentemente en errores sincretistas y en un relativismo.

Más adelante nos referiremos a alguna de estas religiones místicas, concretamente la dionisiaca, al hablar de la corrupción de costumbres, pues San Agustín aporta algunos datos de singular interés. Ahora simplemente recordaremos que entre estos cultos, los principales fueron el de Dioniso-Baco, de origen griego; el de Isis, de procedencia egipcia; el de Mitra, de raíces persas; y otros como el de Cibeles, etc. El exotismo, el ambiente de miste-

(27) *De civ. Del.* VIII, 19 y X, 8 y 11.

(28) *De civ. Del.* X, 11.

rio, los ritos de iniciación, el secretismo, etc., caracterizaban por lo general a estas corrientes, que ofrecían unas respuestas semi-místicas al vacío espiritual de la sociedad del momento.

No resulta nada alejado de aquella realidad establecer un paralelo con lo que hoy podemos observar en la difusión de religiones y de sectas diversas, entre ellas las neognósticas, las de cultos druídicos y neopaganos, etc., y muy principalmente las venidas del Extremo Oriente, tanto derivadas del hinduismo, como del budismo; si bien en los años 60 y 70 predominaron las de raíces hindúes y sin que hayan desaparecido, hoy gozan de mayor éxito otras vinculadas al budismo, sobre todo al lamaísmo tibetano y al *Zen* japonés. No obstante, lo sorprendente es la admiración y el entusiasmo que suscitan incluso en el seno de comunidades parroquiales y religiosas, e incluso, dentro de éstas, en algunas monásticas. No debemos olvidar, por otro lado, la responsabilidad que en su difusión por Occidente han tenido y tienen bastantes personajes del mundo del espectáculo, quienes, llevados de una insatisfacción ante el materialismo que les circunda, acuden a estas religiones y sectas. Y, por otro lado, la insatisfacción que también acaban creando estas corrientes, además del negocio oscuro que acompaña a numerosas sectas, llevó y lleva a muchos a terminar en el mundo de las drogas, del satanismo, en el suicidio, etc. Y ya que hacemos mención del satanismo, hay que advertir que está experimentando un nuevo auge y una proliferación de sectas, generalmente de alto peligro social y compuestas por miembros de buena posición; algunas de ellas, por cierto, incluso toman nombres relativos al culto de Isis. También debemos tener en cuenta el alza de prácticas brujeriles. En definitiva, el engaño de los actuales cultos místicos no es menor que el de los antiguos (29).

(29) Es de un gran interés el libro del P. José María VERLINDÉ, *[La] Experiencia prohibida. Del ashram a un monasterio*, Burgos, Monte Carmelo, 2003. El autor, hoy religioso católico y sacerdote, describe su periplo por las religiones orientales hasta su redescubrimiento de la Verdad en la fe católica, y asimismo explica las diferencias y las incompatibilidades doctrinales y místicas existentes entre las primeras y el cristianismo. En cierto modo, la obra es una especie de *Confesiones* agustinianas modernas, aunque en forma de diálogo o entrevista y

3. LA INSUFICIENCIA INTELLECTUALISTA

Todo este panorama de predominio materialista y de vacío espiritual, frente al cual muchas personas buscan un sentido de la vida en opciones igualmente falsas, se ve completado en el plano del pensamiento intelectual por ciertas formas de intelectualismo, desde lo que podríamos denominar un "intelectualismo laicista", es decir, el intento de hallar y ofrecer unas respuestas que, lejos de cualquier postura religiosa, se fundamenten únicamente sobre bases racionales y científicas, hasta otro intelectualismo más abierto a la realidad de lo divino e incluso a la experiencia religiosa del hombre. En el tiempo de San Agustín, esta insuficiencia se manifestó en las escuelas filosóficas del mundo grecorromano. El propio autor lo conoció en su vida, dado que siempre estuvo caminando en un proceso de incansable búsqueda de la Verdad, hasta que finalmente la encontró en el Dios cristiano.

Por lo que respecta, en primer lugar, a las tendencias más propiamente materialistas, el santo doctor aborda una crítica de las doctrinas de varios filósofos griegos y de sus escuelas, como Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Anaxágoras, Diógenes y Arquelaos: si bien les reconoce sus méritos intelectuales, advierte que todos estaban equivocados por ese materialismo, ya que situaban el principio del mundo en algo natural (30).

Por su parte, el obispo de Hipona nos cuenta en sus *Confesiones* que, ante su propio descontento por el maniqueísmo, después de haberlo abrazado durante una etapa de su vida (si bien nunca llegó a adquirir la categoría de "electo"), se inclinó hacia una postura filosófica más bien de tipo materialista, tal como

menos extensa. Resulta muy recomendable para jóvenes y personas que se hallan en peligro de ser captadas por sectas de tipo oriental y para aquellos que ya han caído en ellas. Por otra parte, en la ya mencionada revista virtual *Arbiti*, uno de nosotros ofreció un pequeño artículo, "Riesgos de las «técnicas orientales»: breves notas aclaratorias".

(30) *De civ. Dei*, VIII, 2.

era el escepticismo académico (31), que abandonaría más tarde cuando optase con mucha mayor decisión por el platonismo. Es muy interesante tener en consideración el argumento que ofrece en *De civitate Dei* contra el escepticismo filosófico y que también presenta en algunas obras más. Siglos más tarde, pero sin querer reconocerlo explícitamente para así pretender apropiárselo como un descubrimiento racional propio, lo recogió Descartes en su *Cogito, ergo sum*. San Agustín lo expresa del siguiente modo: "si me engaño, existo; ¿cómo me puedo engañar sobre la existencia, siendo tan cierto que existo si me engaño? [...] Pues conozco que existo, conozco también esto mismo, que me conozco. [...] Pues no me engaño de que amo" (32). Sólo un poco antes, en el mismo capítulo, afirma que los hombres "existimos, conocemos que existimos y amamos el ser así y conocerlo". Semejante planteamiento ofrece el santo de Tagaste en *De Trinitate*: "¿quién dudará que vive, recuerda, entiende, quiere, piensa, conoce y juzga?; puesto que si duda, vive; si duda, recuerda su duda; si duda, entiende que duda; si duda, quiere estar cierto; si duda, piensa; si duda, sabe que no sabe; si duda, juzga que no conviene asentir temerariamente. Y aunque dude de todas las demás cosas, de éstas jamás debe dudar; porque si no existiesen, sería imposible la duda" (33). En el mismo tratado, San Agustín expresa en otras ocasiones esta conciencia existencial del yo (34), cuestión que siglos después sería recogida también por Santo Tomás de Aquino; pero, en este caso y a diferencia de lo que haría Descartes más tarde, reconociendo su procedencia (35).

(31) *Conf.*, V, 10.

(32) *De civ. Dei*, XI, 26.

(33) *De Trinitate* (en adelante, *De Trin.*), X, 10; manejamos la edición bilingüe de SAN AGUSTÍN, *Obras Completas*, t. V, *Tratado sobre la Santísima Trinitad*, con introducción y notas de Fray Luis Arias, O.S.A., Madrid, BAC, 1956 (2.ª ed.).

(34) Así, *De Trin.*, IX, 3.

(35) Sobre la importante cuestión de la conciencia existencial del yo y de su presencia en el pensamiento de Santo Tomás, han incidido especialmente en los años recientes algunos de los miembros más destacados de la denominada "Escuela Tomista de Barcelona". Así, FRANCISCO CANALS VIDAL, "Conciencia existencial del yo y conocimiento por connaturalidad", en *Cristiandad*, LXI/870 (enero 2004), págs. 24-28; también en su obra reciente *Tomás de Aquino, un pensa-*

Por lo que atañe a la evolución filosófico-religiosa del santo de Tagaste, éste afirma que el platonismo, aunque no le satisfizo del todo y le hizo proseguir en su búsqueda de la Verdad hasta encontrarla definitivamente en el cristianismo, le sirvió de forma muy importante para acercarse cada vez más a éste (36). Y así se constituyó también en un gran conocedor de la filosofía de Platón y de su maestro Sócrates, algo que nuevamente se refleja en el tratado *De civitate Dei* cuando aborda lo que éstos sostuvieron: a diferencia de los filósofos materialistas presocráticos, considera que estuvieron mucho más acertados, especialmente Platón, y que por eso sus discípulos están más cercanos a los cristianos, pero no por ello dejan de hallarse muy por debajo de la religión cristiana (37). Esta superioridad, evidente en el plano filosófico, viene de que el filósofo cristiano "filosofa [...] según Dios, que ha hecho el mundo, [...] y mira con cautela, sin embargo, a los que filosofan según los elementos de este mundo, no según Dios, que ha hecho el mundo" (38). Ciertamente, "si la sabiduría es Dios, «por quien todo ha sido creado», como nos dicen la autoridad y verdad divinas, el verdadero filósofo es el que ama a Dios" (39).

Ahora bien, a pesar de la cercanía de Sócrates, de Platón y de sus discípulos (de forma especial algunos como Porfirio) a la Verdad, el hecho de no llegar a descubrirla ni poscerla plenamente les hace imposible ofrecer una respuesta del todo satisfactoria a las inquietudes más profundas del hombre, algo que sólo el cristianismo es capaz de hacer. Eso fue lo que al propio San Agustín le acabó conduciendo a éste.

Por otra parte, el santo doctor conoce bien asimismo otras tendencias de tipo místico-esotérico, como las de los pitagóricos

miento siempre actual y renovador. Barcelona, Scire, 2004, págs. 73-79; y "La síntesis filosófica de Santo Tomás de Aquino", en *Verbo*, XLI/403-404 (marzo-abril 2002), págs. 203-223, concretamente págs. 204-206. Su discípulo Eudaldo FORMENT lo ha abordado asimismo, por ejemplo, en *Introducción a la Metafísica*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1984, págs. 40-44 principalmente.

(36) *Conf.*, VII.

(37) *De civ. Dei*, VIII, 3 y sigs.

(38) *De civ. Dei*, VIII, 10.

(39) *De civ. Dei*, VIII, 1; cf. *Sap.*, 7, 24-27 y *Heb.*, 1-3.

y las doctrinas de Hermes Trismegisto, pero deja ver igualmente que, por esa misma carencia de la Verdad absoluta, producen una insatisfacción en la búsqueda del hombre. Se refiere también con cierta frecuencia a las teorías y visiones filosóficas de varios autores romanos, como Cicerón (la lectura del *Hortensio* fue lo que suscitó en San Agustín la afición filosófica), Séneca y los estoicos romanos, Varrón, etc., pero ve en ellos los mismos defectos de insuficiencia en la globalidad de las respuestas (40). Igual que los observa, por otro lado, en las doctrinas de algunos filósofos y en corrientes de la religión romana que tendían al monoteísmo por el desarrollo de una Teodicea o Teología natural (41).

En el plano científico, aparte de los pitagóricos, cabe recordar, que San Agustín acusaba de soberbia a los astrónomos, y esto era bastante extensible a otros investigadores de la Naturaleza que prescindían de las realidades sobrenaturales.

En definitiva, pues, las respuestas intelectualistas, tanto meramente científicas como principalmente filosóficas, resultaban insuficientes, no eran capaces de responder del todo a las grandes preguntas del hombre sobre su existencia, sobre el mundo y sobre la divinidad, y eso no podía provocar otra cosa que una mayor insatisfacción en una sociedad ya de por sí angustiada por los efectos del materialismo y de un vacío espiritual.

En este sentido, podemos establecer un paralelismo con lo que hoy sucede entre nosotros. Por una parte, el cientificismo imperante es agobiante para el hombre. Y por otro lado, el descario de numerosísimas corrientes filosóficas y filosófico-científicas no puede sino aumentar la angustia y el desasosiego. ¿Qué decir del existencialismo de Sartre y de Camus, que es la filosofía del absurdo, de la náusea y de la desesperación? ¿Qué decir del materialismo marxista, que todo lo reduce a relaciones económico-dialécticas? ¿Qué decir del positivismo, para el que sólo valen el dato científico y sociológico? ¿Qué decir del escepticismo, del relativismo, del nihilismo y de tantas otras vertientes más

(40) Por ejemplo, *De civ. Dei*, VI.

(41) Así, *De civ. Dei*, VII.

en que se decanta un buen número de las doctrinas filosóficas actuales?

En fin, haremos alusión también a las críticas agustinianas al panteísmo por su carácter absurdo. Así, frente a aquellos que decían que Dios es el alma del mundo y éste es el cuerpo de Dios, les refuta indicando que "cuando uno con sus pies pisa algo, pisaría una parte de Dios", y que "al matar cualquier animal, se degollaría una parte de Dios" (42). Y contra los que creen que sólo los seres racionales son partes del Dios único, cayendo en un panteísmo humanista, les interroga con la cuestión de por qué rechazar a los animales irracionales, y con la otra de si tal vez se podría sostener que, al azotar a un niño, se estaría golpeando a Dios; o también les plantea si algunas partes de Dios se vuelven injustas (pues hay hombres que se hacen injustos) (43). Si hacemos esta referencia al panteísmo, ello se debe principalmente a que hoy se presenta en nuevas formas, de las que posiblemente la principal sea el panteísmo naturalista defendido por la mayoría de las corrientes ecologistas, alguna de las cuales incluso llega a una práctica divinización de *Gea*.

San Agustín, en cambio, supo perfectamente cantar a la Naturaleza como obra de Dios, anticipándose a lo que haría siglos después San Francisco de Asís; pero el propio San Agustín, por su parte, contaba ya con una tradición bíblica de admiración por la Naturaleza y por su Creador, y entre los primeros monjes se desarrolló igualmente esta faceta. Es elocuente, para confirmar lo que comentamos, recoger la siguiente cita del santo de Tagaste: "Nosotros, en cambio, buscamos un ánimo que, confiado en la verdad religiosa, no adore al mundo como a su dios, sino que alabe por Dios al mundo como obra de Dios y, purificado de las inmundicias mundanas, llegue limpio a Dios, que hizo el mundo" (44). Cita que no sólo es adecuado tener en cuenta frente a los errores de tipo panteísta, sino también contra el materialismo que fija sus ojos únicamente en las realidades terrenales y olvida las sobrenaturales y eternas.

(42) *De civ. Dei*, IV, 12.

(43) *De civ. Dei*, IV, 13.

(44) *De civ. Dei*, VII, 26.

4. LA CORRUPCIÓN DE COSTUMBRES

El materialismo predominante en la sociedad romana de la época del Imperio, al igual que hoy, se manifestaba claramente en un ambiente de degradación moral y corrupción de costumbres, dañino incluso para con aquellas buenas costumbres que el propio mundo romano había vivido en tiempos anteriores como auténticos valores, y gracias a las cuales había logrado en buena medida su grandeza. Pero, como todas las potencias que alcanzan un esplendor y comienzan a contentarse con esa situación y a despilfarrar dinero y diversión, fue un motivo fundamental de su decadencia.

San Agustín ha recogido algunos datos de gran interés para conocer hasta qué punto había llegado la corrupción de costumbres en la época tardorromana, no de forma global en toda la sociedad, como resulta evidente, pero sí en amplios sectores de ella.

4.1. Desenfreno sexual y burdos espectáculos

Muchas historias mitológicas narraban las aventuras libidinosas de los dioses y diosas entre sí y el afán de aquéllos por seducir también a muchachas humanas, valiéndose del engaño y de cualquier método útil para cumplir sus deseos carnales. Nada menos que Júpiter (el Zeus griego), el principal de los dioses romanos, era todo un ejemplo de adúltero y seductor, infiel a su esposa Juno (la Hera helénica), la cual, como consecuencia de ataques de celos, optaba por emprender la más dura venganza contra quienes habían mantenido relaciones sexuales con Júpiter o sobre las otras diosas y mujeres en las que él había fijado ya sus ojos lujuriosos. Además, algunos de los cultos místéricos introducidos y difundidos en el mundo romano en la época del Imperio, especialmente el de Baco (el Dioniso de los griegos), estaban vinculados a creencias y ritos de tipo orgiástico, tanto por lo que se refiere al terreno sexual como al de la comida y bebida sin tasa.

Junto a estos modelos de comportamiento que ofrecían las divinidades, el propio carácter materialista de la sociedad, que ponía todas sus miras en los bienes terrenos, era un caldo de cultivo perfecto para el desenfreno de la concupiscencia. Todo lo cual se veía espoleado por los espectáculos teatrales, en los que se representaban las historias adulterinas de los dioses; por el paroxismo de los juegos circenses, reflejo de hasta qué punto se era capaz de alcanzar sociológicamente la exaltación de las más bajas pasiones y el mayor grado de deshumanización del hombre; y por los ritos de algunas religiones místicas, según hemos apuntado. A pesar de que la cristianización del Imperio había comenzado a transformar algunas de estas realidades y la propia sociedad tardorromana, e incluso en la legislación se había regulado ya suprimiendo los combates de gladiadores y limitando los ritos paganos y los espectáculos obscenos, la presencia de todo esto se hallaba aún muy reciente y parte de ello se seguía practicando al margen de la ley. En buena medida, San Agustín nos describe hechos que recuerda de sus tiempos de niño y de joven, pero en parte habla de cosas que todavía estaban vivas.

Lógicamente, en todo ello es fácil encontrar múltiples paralelos con el materialismo y el hedonismo imperantes hoy, no sólo por lo que se respira en el ambiente, sino también cuando se observan los modelos que a la sociedad se proponen abundantemente desde los medios de comunicación: desde las "revistas del corazón", el cine, la televisión, el teatro, etc. ¿Cuántas violaciones y crímenes de tipo sexual no hunden sus raíces en la exacerbación salvaje del sexo en tantas películas, en tantas revistas pornográficas, en tantos anuncios provocativos, en tantas fotografías que atraen la vista de los viandantes y de los lectores y pueden alterar sus pasiones? ¿Cuántos embarazos "no deseados", como se dice ahora, se han producido y se producen continuamente por el planteamiento del "sexo fácil" a los jóvenes? ¿Cuánto puede estar difundándose el SIDA, no a pesar de las campañas de prevención de la enfermedad y de recomendación del uso del preservativo, sino precisamente como consecuencia de ellas, ya que favorecen la promiscuidad? ¿Son conscientes los políticos y los responsables de los medios de comunicación de la

culpabilidad que tienen en la extensión de todos estos males en nuestra sociedad?

El conocimiento de lo que sucedió en la época del Imperio en el mundo romano y de cómo nos lo ha transmitido San Agustín nos puede ayudar, no meramente a saber los datos históricos, sino sobre todo a emitir juicios de valor sobre el futuro de nuestra sociedad actual y de toda nuestra civilización, en caso de seguir por este camino, y a tener presente cómo se puede continuar avanzando en su destrucción o, por el contrario, hallar remedio a ella.

El santo de Tagaste nos dice que tras los dioses paganos de Roma se hallaban ocultos demonios que promovían la corrupción de las costumbres a través de la narración de sus hechos inmorales en las obras teatrales (45). Esta observación acerca de la corrupción favorecida por la mitología y difundida por ciertos "artistas" y espectáculos "artísticos" no es un simple capricho de un autor cristiano como San Agustín, sino que éste mismo recurre al testimonio de otros antiguos, como Platón, quien determinó expulsar de su *República* a los poetas corruptores de la sociedad, dado que inventaban mentiras y cantaban "la pésima conducta de los dioses, proponiéndola como digna de admiración ante los míseros humanos" (46). También recoge el parecer de otras autoridades de la intelectualidad latina, como Salustio, historiador que expuso a la perfección en sus obras la decadencia de Roma, provocada fundamentalmente, según afirmaba, porque "las costumbres de los mayores se fueron perdiendo no poco a poco [...], sino [...] precipitadamente", y porque "la juventud estaba pervertida por el desenfreno y la codicia de tal modo, que con razón se podía decir: ha surgido una generación que ni es capaz de poseer patrimonio propio, ni permite que los demás lo posean" (47).

El obispo de Hipona comenta acerca de los juegos teatrales en que se representan las inmoralidades de los dioses: "en ellos

(45) *De civ. Dei*, II, 10.

(46) *De civ. Dei*, II, 14.

(47) Recoge el santo estas citas en *De civ. Dei*, II, 18.

se celebran sus incalificables ruindades en composiciones musicales puestas en escena o en representaciones teatrales de imaginación" (48). "En pleno día, delante de todo el mundo, se presentan las indecencias, mezcladas con crueldades" (49). Es decir, algo del todo semejante a la conjunción de sexo y violencia tan abundante hoy en cine y televisión. Y añade: "Todo esto [las obscenidades de los dioses], sí, es lo que a la ciudad se enseñaba públicamente por ojos y oídos" (50).

Un marco dentro del que muy singularmente se producía una exaltación frenética de la libidine, con acompañamiento frecuente de prácticas sadomasoquistas, era el de los cultos místéricos, algunos de los cuales aborda con cierto detalle San Agustín en *De civitate Dei* (51). Solía tratarse de creencias religiosas vinculadas a ideas mágico-telúricas y a la fecundidad de los campos, de los animales y de los hombres y mujeres, tales como los misterios de Ceres en Eleusis (Grecia), los de Dioniso-Baco-Líbero y Líbera, los de Telus o "la Gran Madre Tierra", etc. Con diferencias entre ellos, tenían lugar ritos de adoración y coronación de imágenes de los órganos genitales y procesiones obscenas, se desarrollaban orgías (de ahí el nombre de "bacanales", en alusión al dios Baco), se procedía a mutilaciones corporales, etc. La imagen que ello producía en las personas normales que tenían la ocasión de asistir en una ocasión o que podían conocerlo, era la de una completa degradación humana: de ahí las críticas que realizó Varrón y, aún con una energía mucho mayor, Séneca, y que San Agustín recoge, hace suyas y aumenta. Todo el panorama de obscenidad y perversión sexual, de mutilaciones y castraciones, etc., se veía asimismo en el culto a otros dioses y diosas, como Priapo, Atis, etc.

Además, tanto en los cultos místéricos como en otros más propios de la religión romana clásica, existían algunas modalidades de "prostitución sagrada" (como actualmente en varias sectas

(48) *De civ. Dei*, II, 25.

(49) *De civ. Dei*, II, 26.

(50) *De civ. Dei*, II, 28.

(51) Así, especialmente, *De civ. Dei*, VI, 7 y 9; y VII, 21 y sigs.

hindúes, con una terrible esclavitud y trata de blancas desde la infancia), incluso masculina. Tal era el caso, por ejemplo, del culto tributado a las diosas Celeste y Flora, culto que además se trataba de promover socialmente con la escenificación pública de sus ritos obscenos, a los que se añadía la vida inmoral que dentro de sus templos llevaban sus adoratrices (52).

Lamentablemente, hoy podemos constatar que esta capacidad de degradación del ser humano se está repitiendo en nuestro mundo occidental, donde no sólo en los ambientes relacionados con la prostitución se experimenta un incremento del sadomasoquismo, sino que a través del cine, de la televisión y de no pocas publicaciones se transmite y se fomenta. La conjunción de erotismo y violencia, de materialismo y de vacío espiritual, no puede sino conducir a estas consecuencias. Parece ser un "éxito" más del pansexualismo freudiano hoy tan difundido, el cual no puede ser calificado más que como una depravada aberración intelectual. ¿Cómo se puede calificar, si no, el denominado "complejo de Edipo", por cierto, tomado de la mitología griega y reelaborado por Freud para explicarse a sí mismo, a través de él, sus propias disfunciones psico-sexuales? ¿En qué mente normal cabe que un niño pequeño considere a su propia madre como un objeto de placer sexual y a su padre como un enemigo que se opone a sus deseos?

4.2. Exaltación de la homosexualidad

En un ambiente tal de depravación sexual, era lógico que se llegase al "todo vale", al gusto por los individuos del mismo sexo y a la indiferencia entre los del contrario o los del propio. Es decir, que el mundo romano decadente de la época del Imperio conoció un nuevo auge de la homosexualidad y la bisexualidad.

San Agustín no entra con mucho detalle en la exaltación de la sodomía que se produjo especialmente en ciertas partes y ambientes, pero sí hace alusiones escuetas a la presencia de

(52) *De civ. Dei*, II, 26-27.

invertidos en algunos de los ritos religioso-sexuales que comenta y en las representaciones escénicas. No obstante, para hacernos una buena idea de aquella situación que se conoció, pensamos que resulta óptimo recoger un texto de otro Padre de la Iglesia, en este caso oriental, que demostró no tener tampoco ningún temor a denunciar todo tipo de desorden, aberración, injusticia y cualquier cosa que atentase contra la fe católica, contra las buenas costumbres y contra la dignidad del hombre. Esa valentía, precisamente, le valió el destierro y la persecución en varias ocasiones. Nos referimos a San Juan Crisóstomo (c. 350-407), perteneciente a la escuela de Antioquía y obispo de Constantinopla, que en su discurso tercero *Contra los impugnadores de la vida monástica* tiene unas severas palabras contra la sodomía, su difusión y su aceptación social, y donde deja claro que se trata de un pecado antinatural. Es un pasaje largo, pero creemos que merece la pena recoger al menos buena parte de él, dado su valor histórico y su plena actualidad (53):

"Pero todavía no he dicho lo que es el colmo de los males, todavía no he revelado lo que es cifra y compendio de nuestra calamidad, pues estando muchas veces para tocar este punto me he ruborizado y me he callado de vergüenza. ¿Qué punto, pues, es ése? Porque hay que tener ya el valor de decirlo. Cobardía grande fuera, efectivamente, que tratando de extirpar un mal, no nos atreviéramos a abrir la boca sobre él, como si el silencio hubiera de curar automáticamente la enfermedad. [...] ¿Cuál es, en fin, este mal? Un amor nuevo y perverso ha invadido nuestra vida; una enfermedad terrible e incurable nos ha atacado; ha estallado la pestilencia más grave de todas las pestilencias; se ha excogitado una iniquidad nueva e insufridera; pues no sólo se infringen con ella las leyes escritas, sino que se trastornan las leyes mismas de la naturaleza. Ya resulta, en punto a disolución, poco menos que inocente la fomicación, y [...] la enormidad de

(53) SAN JUAN CRISÓSTOMO, "Contra los impugnadores de la vida monástica", en *Obras Completas de San Juan Crisóstomo. Tratados ascéticos*, edición bilingüe griego-español preparada por Daniel Ruiz Bueno, Madrid, BAC, 1958, págs. 378-528; concretamente, págs. 470-475, punto 8 del discurso II.

esta insolencia hace que parezca tolerable lo intolerable, la disolución, digo, con mujeres. Ya se tiene por hazaña poder escapar a estas nuevas redes y a pique está de quedar superfluo el sexo femenino, comoquiera que los muchachos cumplen todo lo que debieran las mujeres. Y no es eso lo terrible, sino que abominación tamaña se comete con la mayor tranquilidad y la iniquidad ha adquirido fuerza de ley. Ya no teme ni espanta a nadie; nadie se avergüenza ni ruboriza, antes se tiene a gala y se toma a risa. Los que se contienen pasan por locos y los que lo reprenden por gentes delirantes. Si los represores son más débiles, se exponen a una paliza; si son más poderosos, son objeto de rechifla y risa y reciben una rociada de improperios. [...] Más fácil, en efecto, sería salvar su vida un sospechoso de aspirar a la tiranía que no escapar a las manos de estos hombres execrables quien intentara apartar de ellos a sus víctimas [se refiere, como víctimas, a los muchachos jóvenes de quienes los sodomitas quieren apropiarse para satisfacer sus deseos]. Hasta punto tal, como si se tratara de un desierto inhabitado, cometen en plena ciudad varones con varones los actos vergonzosos. Y si hay algunos que logren escapar a estos lazos, de lo que no escaparán es de la mala fama de quienes tales infamias cometen. [...]

"De ahí que yo he oído a muchos maravillarse cómo no ha caído también en nuestro tiempo una nueva lluvia de fuego, cómo nuestra ciudad no ha sufrido el castigo de Sodoma, siendo más culpable que Sodoma, cuanto no ha escarmentado con los males de ésta. Dos mil años hace que aquella región, con más claridad que si hablara, está clamando con su propio espectáculo a toda la tierra que nadie sea osado a cometer semejante abominación; y sin embargo, no sólo no se han retraído los hombres de este pecado, sino que se han vuelto más desvergonzados, como si quisieran desafiar a Dios y demostrar por vía de hecho que han de entregarse tanto más furiosamente a estos males, cuanto con más rigor les amenace. Entonces, ¿cómo es que no pasa ahora lo que pasó entonces y, cometiéndose los pecados de Sodoma, no vienen los castigos de Sodoma? Es que les espera otro fuego más terrible y un castigo que no tendrá término. [...]

“¿A qué linaje de bárbaros, a qué especie de bestias no dejaron atrás estos impúdicos con sus torpísimas uniones. Existe, cierto, en ciertos animales un fuerte aguijón, un celo sexual insoportable que en nada se diferencia de la locura; sin embargo, no hay animal que conozca esta perversión del amor, todos se contienen dentro de los límites de la naturaleza, y, por mucho que sea su ardor, no traspasan las leyes de la naturaleza. En cambio, los hombres, dotados sin duda de razón, los que han gozado de la divina enseñanza, los que saben intimar a otros lo que ha de hacerse o evitarse, los que han oído las letras bajadas del cielo, no se unen con tanto impudor con las públicas rameras como con los jóvenes. Y es así que como si no hubiera hombres, como si no existiera una providencia de Dios que vigila sobre nosotros y juzga de nuestras acciones, como si las tinieblas lo cubrieran todo y nadie viera ni oyera, así de descaradamente cometen éstos sus abominaciones y tal es el furor que los arrebatan.

“Por otra parte, los padres de los hijos así ultrajados soportan todo en silencio y no se hunden con sus hijos bajo tierra ni buscan remedio alguno para tamaño mal [se refiere a los abusos sexuales que los sodomitas ejercían sobre los jóvenes, y al temor de los padres de hacerles frente, dado el poder que habían alcanzado y las consecuencias que les podrían reportar en caso de oponerse a ellos]. A la verdad, si para arrancar a los hijos de esta pestilencia fuera menester marchar más allá de las fronteras, o atravesar el mar o habitar en las islas o abordar a tierra inaccesible o salirse de nuestro mundo habitado, ¿no valdría la pena hacerlo y sufrirlo todo a trueque de evitar tanta abominación? [...]”

Como se puede ver, a pesar de lo largo de la cita, merecía la pena. No tiene desperdicio alguno para comprender lo que se vivía sobre todo en algunas partes del mundo romano de la época del Imperio y para establecer los inevitables paralelismos con la situación que hoy nos toca vivir.

En efecto, actualmente asistimos a una “normalización” de la homosexualidad y a toda una campaña de promoción social de la misma a través de los medios de comunicación y de las medidas adoptadas por los políticos, tanto de la derecha como de la izquierda. El poderoso *lobby* homosexual, con fortísima influen-

cia en el mundo del cine y de la moda, ha emprendido la transformación de las costumbres y de la consideración social hacia la denominada "orientación sexual" de gays y lesbianas. Actúa como un auténtico grupo de presión en pro del "orgullo gay", con manifestaciones obscenas en plena calle y dando un vuelco a lo que ellos interpretan como la anterior "marginación" de su "libre opción", para ahora estar llegando a una situación de casi marginación de las personas que son y se muestran heterosexuales. La "Internacional Rosa" o "Arco Iris" aspira a obtener todos los "derechos" para la pareja homosexual e incluso para el reconocimiento del mal llamado "matrimonio homosexual", así como para la consecución de la adopción de niños por dichas parejas, pues se pretende derogar la "familia tradicional" (la única naturalmente posible) para sustituirla por las denominadas "nuevas formas de familia".

Los colectivos de gays y lesbianas, como una nueva Inquisición laicista y homosexual, muchísimo menos tolerante que la Inquisición eclesiástica a la que tanto critican, acuden a los tribunales con absoluta intransigencia para eliminar de la circulación toda publicación, e incluso a toda persona, que consideren ofensivas a sus "derechos". Así, cuando algunos psiquiatras, psicólogos, biólogos, médicos y otros investigadores, únicamente desde la Ciencia y con argumentos científicos, han expuesto en sus obras y en sus palabras que la homosexualidad es una disfunción hormonal y que se trata de una patología psico-sexual que merece atención y que puede educarse y corregirse en buena medida, estos grupos de presión han conseguido que se retiren sus obras de la circulación y que se multe a sus autores. Cuando un eclesiástico o un moralista advierte que la promoción social de la homosexualidad es una exaltación viciosa y aberrante de una disfunción física y psíquica y que puede conducir a la anormalidad a personas que inicialmente eran normales, se le tacha de "retrogrado" y se emprenden medidas judiciales contra él. Y, sin embargo, los católicos, desde la Ciencia, desde la Historia y desde la Fe, tenemos la obligación de seguir denunciando estos hechos, igual que cualquier científico que se precie de serlo de verdad.

Hay que añadir a todo esto que ya la sociedad helénica había conocido una especie de reconocimiento social de la homosexualidad y que en ella fue relativamente habitual el amancebamiento, la adopción de jóvenes muchachos por parte de los sodomitas y los consiguientes abusos de menores. Por lo tanto, lo mismo que vemos que nos refiere San Juan Crisóstomo. Y es que, como es sabido, la homosexualidad suele ir emparejada con la pederastia, con la pedofilia. Esto es algo que debería ser tenido hoy muy en cuenta por parte de los legisladores, cuando se ocupan de dar carta blanca a la adopción de niños por parte de parejas homosexuales. Aparte, lógicamente, de que, aun en el caso de que no se produjeran abusos sexuales, esos niños crecerían sufriendo graves trastornos psíquicos y afectivos por la ausencia de la estabilidad y de la normalidad que la familia "tradicional" confiere. En sí mismo, ya es una aberración el reconocimiento jurídico de las uniones homosexuales.

Por otro lado, hay que advertir que los momentos de auge de la homosexualidad siempre han ido vinculados a tiempos de crisis social y de crisis de civilización, a épocas de decadencia. Lo hemos visto ahora para el caso de Roma, pero es algo que en buena parte había conducido previamente al debilitamiento de la antigua Grecia, y se observa también, por ejemplo, en la etapa final del Reino Visigodo español, tal como lo expresan las actas del XVI Concilio de Toledo (693) (54).

4.3. Ruptura del matrimonio y de la familia

Evidentemente, todo este ambiente de degradación moral iba acompañado, en parte como una de sus causas fundamentales y en parte también como una consecuencia, de un detrimento de la vida matrimonial y familiar. Este daño venía ya dado por la

(54) VIVES, José (ed.) - MARÍN MARTÍNEZ, Tomás - MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo, *Concilios Visigóticos e Hispano-romanos*, Barcelona-Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.), 1943, págs. 487 (dentro del "Tomo Regio" presentado por el rey Egica) y 500-501 (canon III); en las mismas actas hay varias referencias explícitas a la época de crisis general que se padecía.

propia mentalidad divorcista romana, que estaba plasmada en el Derecho, y además se veía favorecido por los ejemplos de infidelidades y adulterios que los dioses ofrecían y que se representaban en las obras teatrales y en otros juegos escénicos. Y los efectos más destructivos, lógicamente, recaían sobre los hijos, verdaderas víctimas de la inestabilidad en la vida y de la frecuente carencia de un amor verdadero, fiel y perseverante.

La vida familiar, que en la antigua Roma había sido una pieza clave de la vida ordinaria, se hallaba en crisis. No obstante, como decimos, la mentalidad divorcista venía ya de los mismos orígenes, así que la semilla del mal estaba echada de muy atrás. Hay que indicar que, a raíz de la "paz constantiniana" y la progresiva impregnación de cristianismo en el Derecho Romano y en la sociedad, bastantes de los males existentes comenzaron a corregirse, tanto en la lucha contra el divorcio y la afirmación de la fidelidad conyugal, como en el terreno del reconocimiento de un mayor papel de la madre en la cría y educación de los hijos, y asimismo en el campo de la protección de éstos con respecto a la antigua y omnímoda *paterna potestas* (en virtud de la cual un hijo o todos podían quedar desheredados y completamente abandonados a su suerte), que ahora se fue transformando en la *paterna pietas*.

San Agustín, en *De civitate Dei*, critica el mal ejemplo dado por los dioses de la mitología clásica con sus relaciones adulterinas, pues con ello se difundía la práctica de éstas y se acababan viendo como algo más o menos normal. Así, por citar algún caso, arremete contra los relatos que narraban los adulterios cometidos por Venus y Marte, entre otros (55).

Los paralelismos con lo que actualmente estamos viviendo son igualmente inevitables y sugerentes. ¿Qué decir de la actual mentalidad divorcista que empaña la estabilidad social del Occidente? Tanto las legislaciones permisivas y reguladoras del divorcio (que en algunos países han sido introducidas por "buenos cristianos" de línea democristiana), como la mentalidad favorable a esta realidad ("libertad para rehacer la propia vida", "posibili-

(55) *De civ. Dei*, III, 3 y 5.

dad de equivocarse y empezar otro camino", "probar si la cosa marcha", etc.), resultan terriblemente destructivas para la estabilidad de la sociedad. Quienes hemos dedicado parte de nuestra vida a la enseñanza o aún estamos entregados a ella, conocemos bien por la experiencia el tremendo daño que el divorcio, las rupturas matrimoniales, la ausencia del calor familiar y el aniquilamiento de la misma familia causan en los hijos, lo cual repercute en la salud y en la normalidad psíquica de éstos, en su rendimiento en los estudios y en la carencia de unos referentes de cara a su futuro. Si además el adulterio y las infidelidades conyugales son presentadas con entusiasmo morboso en unas ocasiones, o como algo plenamente normal en otras, por parte de múltiples películas en la televisión y en el cine, además de serlo en las "revistas del corazón" y en otras publicaciones periódicas, ¿qué más se puede esperar? La destrucción de la vida matrimonial y familiar conlleva siempre la destrucción de la sociedad. Destruir a conciencia la familia es una actitud socialmente suicida. En cambio, como advertía San Agustín, "la familia debe ser el principio y la parte mínima de la ciudad", o sea, que es la célula básica y fundamental de la sociedad (56).

Si a todo ello añadimos el antinatural crimen del aborto, por el que una madre decide asesinar al hijo de sus entrañas aún en su seno, completaremos aún más el panorama de disolución social al que estamos asistiendo. También a este atentado contra la vida, ciertamente, se opuso San Agustín en varias ocasiones, y además indicó su convencimiento de que los cuerpos de los fetos abortivos resucitarían igual que todos los demás cuerpos en el día de la resurrección de la carne (57).

(56) *De civ. Del.* XIX, 16.

(57) Así, *Enchiridion* (en adelante, *Ench.*), 85-86, en SAN AGUSTÍN, *Obras Completas*, t. IV, *Obras apologéticas*, págs. 453-639; y *De civ. Del.* XXII, 13-14; en ésta última, en V, 2-6, donde se ocupa de los casos de los gemelos que hemos visto con anterioridad, se observa claramente que tiene en consideración no el nacimiento, sino la concepción del niño como inicio de la vida humana.

4.4. Incremento de los suicidios

Del mismo modo que ocurre con el incremento de la homosexualidad y su promoción social, el aumento de los suicidios es uno de los signos más claros de una crisis de civilización, y de esto no hay duda que también hoy se puede constatar perfectamente, incluso por las estadísticas. Lo mismo ocurrió en la decadencia del Reino Visigodo de Toledo (58) y, anteriormente, tal como lo refleja San Agustín, en la de Roma. En realidad, es lógico que así suceda, pues cuando el materialismo acaba produciendo irremediamente la insatisfacción interior del hombre y éste se encuentra con un profundo vacío espiritual, y cuando además no existe la acogida y el calor de la familia y el amor se ve sustituido por el desenfreno sexual y una diversión vana incapaz de llenar a la persona, finalmente se arriba a la mayor desesperación posible: el hombre no ve sentido alguno a una vida absurda y así concluye pensando que lo mejor es suprimir su propio sufrimiento acabando con su propia vida. Craso error, sin duda, pero que es un frecuente término de llegada de muchas personas que son víctimas de un ambiente decadente, sobre todo numerosos jóvenes.

En el tratado *De civitate Dei* y de acuerdo con los clásicos, el obispo hiponense define al hombre como "un animal racional mortal" (59) y señala que la vida es una "carrera hacia la muerte" (60). Según él, "la muerte no debe tenerse como un mal cuando le ha precedido una vida honrada" (61), ya que, como expo-

(58) Así lo reflejan nuevamente las actas del XVI Concilio de Toledo (693), celebrado bajo el reinado de Egica, y cuyo canon IV aborda la cuestión de "los desesperados", dado el aumento de los suicidios; VIVES, J., *Concilios...* pág. 501. Precisamente, este canon va a continuación del III, referido, como ya dijimos, al tema de la homosexualidad, y a éste precede por su parte otro sobre el rebrote que estaban conociendo también la idolatría y la superstición. Es decir, son toda una serie de elementos que siempre aparecen en toda crisis de una sociedad y en toda crisis general de una civilización.

(59) *De civ. Del.*, XVI, 8.

(60) *De civ. Del.*, XII, 10.

(61) *De civ. Del.*, I, 11.

ne muy ampliamente en la segunda parte de la obra, los justos no sólo habrán tenido ocasión de disfrutar en la Tierra de dones otorgados por Dios, sino que incluso las desgracias que hayan padecido, sufridas con paciencia y espíritu de aceptación de la Voluntad de Dios, serán méritos de cara a la dicha eterna que el Señor les tiene reservada en el Cielo. Efectivamente, el camino de los miembros de la "Ciudad de Dios" es un recorrido hacia la gloria eterna, hacia la felicidad sin fin, hacia la visión beatífica de Dios, gracias a la Obra Redentora de Jesucristo, que ha abierto las puertas del Cielo a los hombres. El cristiano, pues, es el hombre de la esperanza, que sabe amar la vida en su justo sentido y sabe afrontar la muerte con entereza y con alegría, como un tránsito hacia la eternidad gozosa en Dios. El cristiano posee un sentido positivo de la vida y de la muerte.

Por eso mismo, el suicidio es inconcebible para un cristiano y es un tremendo error para San Agustín: "No sin razón, en los libros santos y canónicos nunca puede encontrarse un pasaje en que se nos mande o se nos permita inferirnos la muerte a nosotros mismos, ni aun a trueque de alcanzar la inmortalidad ni de excusarnos o guardarnos de algún otro mal" (62). El santo de Tagaste critica los ejemplos que el mundo romano ofrecía del suicidio como una actitud noble y valiente; frente a esa actitud, él considera que los que se quitan la vida son en realidad cobardes, ya que no se atreven a encarar las dificultades que se les presentan: "Todos los que han perpetrado en sí este crimen, quizá se han de admirar por grandeza de alma, pero no son de loar por la santidad de su alma. Aunque, si con mayor diligencia consultares la razón, no se llama rectamente grandeza de ánimo la del que, no pudiendo sobreponerse a ciertas asperezas o tolerar pecados ajenos, se da la muerte a sí mismo. Más bien se deja ver aquí una debilidad del alma, que no puede soportar la dura esclavitud de su cuerpo o la necia opinión del vulgo. Merecidamente se debe tener por espíritu más generoso aquel que, más que huir, puede sobrellevar la vida trabajosa y desdeñar el juicio humano, especialmente el del vulgo, que anda comúnmente en las som-

(62) *De civ. Dei*, I, 20.

bras del error, en comparación de la luz y de la pureza de la conciencia" (63).

Como decimos, la cuestión del suicidio y de su incremento sociológico, sobre todo entre la juventud, es un hecho tristemente de plena actualidad. A los factores que más arriba hemos indicado (materialismo, vacío espiritual, ruptura de la vida matrimonial y familiar...) hay que añadir otros relacionados con ciertas corrientes de pensamiento muy difundidas o que han calado bastante hondo en el Occidente de los últimos años. Entre ellas, evidentemente, creemos que hay que destacar, en un primer lugar, el existencialismo de Sartre y de Camus, con toda su filosofía del absurdo, de la angustia, de la náusea, del sinsentido de la existencia, etc. Asimismo, han influido otras líneas como el escepticismo, el relativismo, el nihilismo, el romanticismo decimonónico, etc. Y frente a todo ello, sólo una firme afirmación cristiana de la vida puede sobreponerse como remedio eficaz; de ella se derivarán otros bienes personales y sociales.

5. CONFUSIONISMO Y DESORDEN NATURAL Y MORAL

Causa y a la vez consecuencia de todo lo que llevamos visto, fue y es, tanto en la sociedad romana decadente como en la occidental actual, el estado general de confusionismo: la incapacidad muy extendida que existe en las mentes para distinguir el bien y el mal, la verdad y el error. Es decir, la ausencia de criterios claros y de principios sólidos a partir de los cuales se puedan emitir juicios ciertos y verdaderos, rectos y conformes con la realidad profunda de las cosas. Y en estrecha unión con esta lamentable situación de confusionismo, y según hemos podido ir viendo en estas reflexiones a raíz de algunos aspectos del tratado *De civitate Dei*, se observa un desorden natural y moral que, tristemente, en nuestro tiempo se halla aún en fase de incremento en el Occidente. Parece mentira que no aprendamos de las lecciones de la Historia.

(63) *De civ. Dei*, I, 22.

San Agustín expresa muy bien este ambiente, no sólo con la presentación más o menos detallada que hace del mismo en la mencionada obra, sino también con algunas sentencias que lo resumen a la perfección. Ante la corrupción de costumbres, afirma: "A lo vergonzoso se da publicidad y a lo laudable clandestinidad. [...] ¡Como si la honradez nos diera vergüenza y el deshonor glorial!" (64). Ya hemos recogido con anterioridad otras frases en el mismo sentido, así como algunas más de San Juan Crisóstomo. También podemos señalar lo que dice el santo de Tagaste en el *Enchiridion*: "los pecados, aunque grandes y horribles, cuando llegan a ser costumbre, son tenidos por pequeños y aun se cree que no son pecados; hasta tal punto que no sólo parece que no deben ser ocultados, sino que aun deben celebrarse y publicarse, cuando, como está escrito, «el pecador se jacta en los deseos de su alma, y el que obra el mal es celebrado». [...] Tal iniquidad en los divinos libros es llamado clamor, como se lee [...] en el *Génesis*: «El clamor de Sodoma y Gomorra ha crecido mucho». Porque no sólo no se castigaban ya entre ellos aquellas torpezas, sino que se celebraban públicamente como por ley. En nuestros tiempos, muchos males, aunque no tan grandes, han venido ya a parar en tan manifiesta costumbre, que por ellos no sólo no nos atrevemos a excomulgar a ningún laico, pero ni siquiera a degradar a un clérigo" (65).

Ahora bien, lo más grave es que, como decimos, esta confusión de principios y esta carencia de criterios y de principios va aparejada a una situación de subversión del orden natural, a través de la inversión de su correlativo orden moral. Es, en realidad, una actitud suicida por parte del hombre que trata de lograr ese fin; es un intento necio de ser más sabio y más hábil que la Naturaleza y que el Creador de la Naturaleza; es un esfuerzo en vano por querer anularse a sí mismo, porque tal actitud significa oponerse al ser constitutivo del hombre para reorganizarlo de nuevo, lo cual es algo que indudablemente le supera. Cabe recordar aquí que el pensador francés Jean Madiran ha hablado de

(64) *De civ. Dei*, II, 26.

(65) *Ench.*, 80; las citas bíblicas son de Ps. 9, 24 y Gen., 19, 13.

la formación de una especie de frente "Todo Contra Natura" (T.C.N.) en nuestros días, como una amalgama de diversas tendencias que coinciden en la búsqueda de una inversión progresiva pero total de la moral y del derecho (66).

Un elemento muy importante del pensamiento agustiniano es la idea del orden, que la Providencia divina ha conferido a la Creación: un orden y una ley eternas. El orden, que "es por el que se hacen todas las cosas que Dios ha establecido" (67), puede llevar al hombre que lo guarda hasta el Creador (68). La ley eterna es aquella "que llevamos impresa en nuestra alma" y "en virtud de la cual es justo que todas las cosas estén perfectísimamente ordenadas", por lo que el hombre debe respetarla e inspirar en ella la ley temporal (69). En efecto, sobre esta ley eterna universal deben asentarse "las costumbres de los países y épocas", pues, "siendo la misma [...], no varía según las latitudes y las épocas" (70).

Por lo tanto, de acuerdo con el pensamiento agustiniano, el desorden será un atentado directo contra un elemento fundamental y constitutivo de la Naturaleza y del propio ser del hombre, y un atentado igualmente contra la Sabiduría infinita, creadora y providente de Dios. La alteración del orden solamente podrá generar consecuencias negativas para el hombre y para el mundo. Y de hecho, la propia entrega del ser humano a sus más bajas pasiones y a los vicios, le lleva a una dependencia servil de ellos, se convierte en esclavo de sus pasiones y vicios: "el hombre honrado, aunque esté sometido a servidumbre, es libre; en

(66) MADIRAN, Jean, *Une civilisation blessée au coeur*, Le Barroux, Sainte-Madeleine, 2002, págs. 53-54; hemos publicado una reseña de este libro en *Verbo*, 425-426 (mayo-julio 2004), págs. 545-549.

(67) SAN AGUSTÍN, *De ordine* (en adelante, *De ord.*), I, 10; manejamos la edición de SAN AGUSTÍN, *Obras Completas*, t. I, bajo la dirección del P. Félix García, O.S.A., Madrid, BAC, 1946, págs. 641-765.

(68) *De ord.*, I, 9; y *De civ. Dei*, XII, 4.

(69) *De libero arbitrio*, I, 6; manejamos la edición de SAN AGUSTÍN, *Obras Completas*, t. III, *Obras Filosóficas*, edición preparada por varios autores, Madrid, BAC, 1946, págs. 237-521.

(70) *Conf.*, III, 7.

cambio, el malvado, aunque sea rey, es esclavo, y no de un hombre, sino de tantos dueños como vicios tenga" (71).

La confusión y el desorden son sin duda la gran obra de Satanás, el padre de la mentira y del caos. Y la mentira, según San Agustín, la dice "quien, teniendo una cosa en la mente, expresa otra distinta con palabras u otro signo cualquiera", de tal manera que "el pecado del mentiroso está en el apetito e intuición de engañar" (72). El que miente, lo hace a sabiendas (73), y la mentira es siempre injusta por ser contraria a la verdad (74).

Por lo tanto, podemos afirmar que habrá dos grados fundamentales de gravedad moral en la situación de corrupción de costumbres, degradación moral y subversión del orden natural: por una parte, la gravedad del pecado o pecados de aquellos que obran el mal objetivo, pero que, engañados por el ambiente general, han perdido ya casi la capacidad para discernir la moralidad de los actos; y por otro lado, será mucho peor, sin duda, la actuación de aquellos que, siendo plenamente conscientes de cuál es realmente el orden natural y moral, promueven todo lo que atenta directamente contra él. No obstante, en el primer caso tampoco hay que perder de vista que Dios ha dispuesto la razón humana de tal forma que nunca podrá ser plenamente cegada, así que —pensamos nosotros—, siempre permanecerá al menos cierta capacidad para distinguir el bien del mal y nunca será posible perder del todo la conciencia de lo que el orden natural exige. En efecto, el obispo de Hipona asegura que "por más vicios torpes que lo tengan dominado, no se llega a perder el sentido de la honradez" (75). Y como es universal ese sentido, lo es el del pudor, el cual tiene su origen en el pecado original,

(71) *De civ. Dei*, IV, 3.

(72) *De mendacio* (en adelante, *De mend.*), 3; manejamos la edición bilingüe de SAN AGUSTÍN, *Obras Completas*, t. XII, *Tratados morales*, edición preparada por los PP. Félix García, O.S.A., Lopc Cilleruelo, O.S.A. y Ramiro Flórez, O.S.A., Madrid, BAC, 1954, págs. 527-607.

(73) *De mend.*, 4.

(74) *Contra mendacium*, 15; en SAN AGUSTÍN, *Obras Completas*, t. XII, *Tratados morales*, págs. 609-689.

(75) *De civ. Dei*, II, 26.

cuando Adán y Eva vieron la desnudez de sus cuerpos; el pudor es algo que se puede constatar en todos los pueblos (76).

San Agustín, ante el panorama terrible de confusionismo y de desorden natural y moral, no opta por la complacencia cobarde y por el silencio, sino que se decanta abiertamente, igual que San Juan Crisóstomo y que todos los Padres de la Iglesia, por su denuncia valiente, incluso arriesgada: "Son culpables los que viven de una forma distinta y aborrecen la conducta de los pecadores, pero hacen la vista gorda con los pecados ajenos, cuando deberían desaconsejar y reprender. Tienen miedo a sus reacciones" (77). Y hay que luchar contra esta degeneración, porque "los males morales y espirituales son los primeros que se deben evitar" (78).

Los católicos, pues, tenemos el deber de denunciar y combatir toda esta situación de confusionismo y de desorden natural y moral. Tenemos el deber de confesar la verdad y luchar contra la mentira. Tenemos el deber de ser testigos de Dios y defensores del orden y de la ley que Él sabiamente ha impreso a su Creación y a la criatura racional que es el hombre. De lo contrario, nosotros mismos nos estaremos exponiendo a las terribles consecuencias que la degradación moral actual augura.

"La paciencia de Dios está invitando a la conversión a los malos, y el azote de Dios a los buenos les enseña la paciencia. Asimismo, la misericordia de Dios rodea amorosamente a los buenos para animarles, y la severidad corrige a los malos para castigarles. [...] El malvado sufre el castigo de la desgracia temporal, porque con la prosperidad cae en la corrupción". Pero Dios, sin embargo, no castiga siempre en la Tierra, sino que ha dejado también penas para el juicio, y no concede siempre dichas temporales a los buenos, ya que, si así fuera, "lejos de hacernos santos, nos volvería más ambiciosos, más avaros. [...] He aquí lo

(76) *De civ. Dei*, XIV, 7. En la edición realizada por el P. Capánaga, se recoge una acertada cita del trabajo *Nuestro tiempo. La supresión del pudor, signo de nuestro tiempo*, de J. Choza Armenta: "La supresión del pudor es un signo de nuestro tiempo, porque implica la supresión de la intimidad, la masificación, la disolución de la persona".

(77) *De civ. Dei*, I, 9.

(78) *De civ. Dei*, III, 1.

que interesa: no la clase de sufrimientos, sino cómo los sufre cada uno. Agitados con igual movimiento, el cieno despiden un hedor insufrible y el unguento una suave fragancia" (79).

Con este párrafo resumido de San Agustín que acabamos de ofrecer, queremos, en fin, hacer una llamada a la conversión y a la perseverancia. La paciencia de Dios espera que nos volvamos a Él con todo nuestro corazón y toda nuestra alma. Sólo Él puede dar al hombre la felicidad, porque ha hecho al hombre para la felicidad y ésta únicamente la podrá hallar en Él. Todo aquello que se aleje de Dios, será un alejamiento de la felicidad, a pesar de los engaños que le presenten las cosas con otra apariencia. Sólo Dios puede satisfacer las aspiraciones más profundas del hombre, y sólo en la Revelación que le ha ofrecido a través de la Iglesia Católica será capaz de llegar el hombre plenamente al conocimiento del Dios Bueno y Verdadero. Ése fue, en definitiva, el camino de San Agustín: "¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y, sin embargo, ¡Tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre las cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían lejos de Ti esas cosas que, si no estuvieran en Ti, no existirían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, e hiciste huir mi ceguera. Exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por Ti; gusté de Ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz" (80).

Conversión a Dios: no otro es el mensaje de La Salette, de Lourdes, de Fátima.

6. EL TRIUNFO FINAL DE CRISTO

Aun en medio de la peor de las crisis de civilización, el cristiano debe mantener firme su esperanza en la victoria de Cristo. La paz interior y la profunda alegría que sólo Dios es capaz de proporcionar, no han de verse esencialmente alteradas por las

(79) *De civ. Dei*, I, 8.

(80) *Conf.*, X, 27.

vicisitudes externas, ni siquiera por muy dramáticas que éstas sean ni porque, inevitablemente, algo afecten siempre al estado de ánimo e incluso a la salud física por las preocupaciones y los sufrimientos que puedan conllevar. Debe quedar en todo momento, de manera constante, una parcela muy íntima del alma, donde sólo Dios pueda penetrar y únicamente Él permanezca dando solaz y consuelo. Allí será posible entonces descubrir la llama del Amor vivo y experimentar la *quies* que caracteriza al santo y que le convierte, sin pretenderlo él mismo, en un testigo elocuente de la presencia de Dios en el mundo y un auténtico transformador de las realidades terrenas.

San Agustín asistió a la conversión al cristianismo que estaba experimentando el decadente mundo romano, el cual caminaba hacia su fin porque había ido perdiendo sus energías como civilización. Conoció la labor desarrollada por su admirado San Ambrosio de Milán y la obra política de Teodosio el Grande, y a ambos cantó en varias de sus obras. La revitalización de la sociedad tardorromana gracias a la energía espiritual del mensaje de Cristo y de su Iglesia estaba ciertamente produciéndose e iba dando frutos magníficos, tales como la organización de la beneficencia y de la asistencia social, la cristianización y humanización del Derecho Romano, el descubrimiento de un sentido de la existencia del hombre, etc. Sin embargo, aquella sociedad se hallaba aún contaminada de impureza materialista y de mucho vacío espiritual, y todavía lastraba el peso de una corrupción de costumbres y de una degradación moral que no se podían superar en sólo unos pocos años. Y esto, evidentemente, anunciaba de algún modo la ruina del Imperio Romano, como la de cualquier civilización que se encuentre en semejante situación.

La arribada creciente de pueblos bárbaros, en un proceso migratorio acompañado con cierta frecuencia de acciones violentas y que le valió ser tenida como una ola de "invasiones", constituyó el ariete definitivo que terminó de derribar los muros del Imperio Romano en Occidente, mientras que en Oriente el cristianismo le proporcionaba unas dosis gigantescas de fuerza y le permitía revitalizarse, hasta el punto de configurar el mundo bizantino medieval. En el ámbito latino, el edificio político del Im-

perio se hundió, pero la Iglesia asumió la defensa, la conservación y la transmisión de la herencia cultural clásica, a la que infundió el espíritu de vida de la fe católica, y con todo ello pudo llevar a cabo una inmensa tarea de integración social, cultural y religiosa de los bárbaros, de tal forma que dio origen a la Europa occidental del Medievo, a una nueva civilización. Precisamente, acogiendo y asimilando la energía de los pueblos invasores, fundamentalmente germánicos en esta primera oleada, y a la vez que pacificándolos e imbuyéndoles de romanismo y cristianismo, pudo terminar de restaurar una sociedad que se hallaba enferma desde mucho tiempo atrás por la corrupción de costumbres y la decadencia que había conocido. Así, a través de su Santa Iglesia, Jesucristo había triunfado sobre la degradación moral y el desorden natural; el mal había acabado por sucumbir, en un proceso de autodestrucción, y la Verdad de Cristo había logrado la victoria final.

Hoy padecemos nuevamente una crisis de civilización, en este caso con los rasgos de una apostasía que le confiere una mayor gravedad. La sociedad occidental ha conocido a Jesucristo y reniega de Él, lo cual es mucho peor que el hecho de que una sociedad pagana viviera en gran medida en la vía del desorden natural y moral: aquello era la consecuencia lógica de un paganismo que no había conocido a Cristo, mientras que lo de ahora es el efecto evidente de un rechazo abierto a Él después de haberle conocido. Sin embargo, la experiencia histórica nos demuestra que el desorden natural y moral, el estado de confusiónismo, el abandono de Dios por parte de los hombres y el desprecio a la Ley Natural que Él ha impreso en su Creación, culminan en la total autodestrucción y la sustitución de una sociedad y una civilización decadentes por otras más jóvenes o rejuvenecidas.

Aquí nos hemos ocupado de la degradación moral que conoció el mundo tardorromano, que venía labrándose desde varios siglos atrás y que, en último extremo, estaba originada por las propias concepciones mitológicas grecorromanas. Hemos establecido también los paralelismos oportunos con nuestro Occidente actual. Pero no hemos hecho más que muy someras alusiones al problema de las oleadas migratorias que terminaron del todo con el Imperio Romano y que para nuestros días cuentan asimismo con

notables similitudes. La Historia no se repite propiamente, pero sí hay ciertos aspectos y tendencias que se reproducen con mayor o menor frecuencia a lo largo del tiempo y que permiten emitir juicios de valor y adoptar actitudes de prudencia de cara al presente y al futuro de una sociedad. Muy escuetamente y desde nuestro punto de vista, indicaremos que la inmigración hispanoamericana y eslava, e incluso la asiática y subsahariana y de otras procedencias, debidamente controlada, encauzada e integrada, podría ser un importante factor de revitalización de nuestra sociedad enferma, como lo fueron las invasiones germánicas y luego las esclavas y algunas más en la Europa de otro tiempo. En cambio, la inmigración mahometana, si no se toman las debidas medidas cuando aún hay oportunidad, supondrá sin duda el definitivo toque de gracia para acabar con la civilización occidental en Europa y para suplantarla por la islámica, pues el islam no se integra en otras sociedades distintas y aspira a absorberlas en el *dar al-Islam* o "tierra del islam" (la otra parte del mundo es el *dar al-harb*, "tierra de la guerra").

Si Europa y el Occidente en general no reaccionan a tiempo, si no vuelven su mirada nuevamente hacia Jesucristo y no acaban con el desorden natural y moral en que hoy están inmersos, finalmente sucumbirán. Y sin embargo, los católicos hemos de tener la esperanza en el triunfo final de Cristo, como sucedió en la época a la que nos hemos acercado en este artículo y que culminó con la génesis de la Europa cristiana del Medievo. Pero, aún más allá, debemos tener la mirada confiadamente puesta, no tanto en triunfos históricos y temporales de Cristo, sino fundamentalmente en su triunfo escatológico, del que podemos estar plenamente seguros. Nada podrá hacer vacilar nuestra fe en la Parusía y en la victoria de Cristo al final de los tiempos, en el Juicio Final y en el triunfo de la "Ciudad de Dios" sobre la "Ciudad del Diablo" en la eternidad, tal como lo expuso San Agustín. Con esta perspectiva sobrenatural, el cristiano puede asistir confiadamente a las transformaciones del mundo terreno, a la vez con una actitud contemplativa y con un esfuerzo activo que nazca de ella, y le será posible comprobar la profundidad y la veracidad del lema cartujano: *Stat Crux dum volvitur orbis*, "La Cruz permanece mientras el mundo da vueltas/cambia".